

Pasos de un peregrino

Biografía intelectual de Adolfo Prieto

por Nora Avaro

El 21 de octubre de 1968 Adolfo Prieto firmó un contrato con la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil de Rosario para dirigir la colección “Conocimiento de la Argentina”. El contrato lleva el número 068 e incluye en su articulado el plan completo de edición con un total de veinticuatro volúmenes a publicarse, bajo el sello Editorial Biblioteca, en el término de dos años, a partir de julio de 1969.

En coincidencia histórica con el Centro Editor de América Latina (CEAL), fundado por Boris Spivacow, en Buenos Aires, en 1966, junto al equipo saliente de la editorial Eudeba de la que hasta el momento Spivacow había sido gerente general, la Vigil también acogió, luego del golpe de Estado del general Juan Carlos Onganía, a los profesores renunciantes de la Universidad Nacional del Litoral (UNL), sede Rosario. Muchos de los docentes “separados de sus cátedras —escriben Rubén Naranjo y Raúl Frutos, director de la entidad uno y vicepresidente el otro— se vincularon a la Biblioteca Vigil y ellos formaron el grupo de colaboradores que dieron fisonomía a la Editorial”.¹ Entre estos colaboradores estaba Adolfo Prieto —para la fecha, profesor y director del Instituto de Letras de la facultad de Filosofía y Letras— que afirma, casi cincuenta años después: “Para mí, la Vigil fue realmente vital, la salvación”.²

En su mismo título, “Conocimiento de la Argentina” se inscribía muy cómodamente en el ideario formativo y promocional de la Biblioteca Vigil que, desde ese año 1966, editaba libros en diversas colecciones —Alfa (de jóvenes escritores), Ensayos, Poetas Argentinos, Prosistas Argentinos, Artes Visuales, Ho-

1. Rubén Naranjo y Raúl Frutos, “El genocidio blanco. Historia de la ‘Editorial Biblioteca’ de la Biblioteca Popular C. C. Vigil, Rosario”, en Carolina Kaufmann (dir.), *Dictadura y Educación*, t. 3, *Los textos escolares en la historia argentina reciente*, Miño y Dávila, Bs. As., 2006.

2. Tanto esta declaración como las posteriores que no consignan otra fuente forman parte de una charla sostenida y periódica que mantuve con Adolfo Prieto durante los meses de diciembre de 2012 y enero de 2013, en su casa de Dorrego 590 de Rosario. Agradezco aquí su cortesía, su extrema amabilidad para contestar mis preguntas y su total disposición para facilitar la consulta de su archivo personal. Salvo indicación contraria, todos los documentos citados aquí (cartas, actas, memorias, programas) pertenecen a este archivo.

menajes—, con la triple pretensión de difundir autores locales, o relegados por los sellos porteños, fomentar la lectura y, por sobre todo, educar al soberano. “El libro como herramienta educativa —escriben Naranjo y Frutos— era apreciado como el mayor aporte que se podía concretar desde la Biblioteca Vigil”.

A tono con este espíritu de raigambre sarmientina, Adolfo Prieto venía cumpliendo, sumadas a sus primeros estudios sobre la constitución de un público de lectores, tareas editoriales de divulgación. Al momento de firmar el contrato con la Vigil no solo terminaba de supervisar y dar la lectura final a más de cincuenta entregas de *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, para el CEAL, sino también de publicar, en esa misma serie, fascículos sobre la prosa y el ensayo románticos, sobre Sarmiento y sobre la generación del ochenta, además de su *Diccionario básico de la literatura argentina*.

A mí la idea de *Capítulo*, que era llegar al gran público —dice Prieto—, me sigue pareciendo válida, con unas pequeñas introducciones, con notas, con esto y lo de más allá, y la reedición del texto; sobre todo el texto. Eso también se relaciona con mi proyecto posterior para la Vigil, sí, yo venía con esa impronta. Porque la impresión que tuve cuando empecé mi trabajo como crítico era que en la Argentina nadie leía nada. Sí, leían a Borges, pero del resto de la literatura, ni la menor idea. La gente tiene que leer, el mundo tiene que leer. Y para eso hay que poner el texto ahí. Y es que esa era la idea: poner el texto ahí.

Prieto proyectó en dos inmensos campos su plan para la Vigil: “La Argentina histórica” y “La Argentina contemporánea”. Ambos matizaban su extrema generalidad, su laxitud temporal y su afán totalizante en la precisión de títulos y temas. Aunque, como no podía ser de otro modo, el paradigma histórico estaba en la base del modelo, Prieto afirmó sus cálculos de conjunto menos en la periodización, lo suficientemente dócil y hasta convencional, como para permitir cierta dinámica de las obras y las interpretaciones, que en las ventajas de la sinécdoque; en la creencia, muy firme en este punto ya que era la que le permitía montar un programa de esta magnitud y establecer un ideal de lectura, de que la parte permitía conocer el todo. De ahí que el “conocimiento de la Argentina” podía acontecer en veinticuatro textos, si esos textos resultaban, tanto en el sistema total como en el detalle imprevisto, lo suficientemente canónicos e integrales, pero también lo suficientemente provocadores.

“La Argentina histórica” comprendía la reedición de diecisiete libros y estaba dividida, a su vez, en dos partes. “Interpretaciones y comentarios”: con el

Facundo de Sarmiento, las *Bases de Alberdi* y *Radiografía de la Pampa* de Martínez Estrada, entre otros clásicos insignes; y *El manual de patología política* de Agustín Álvarez y *El criollismo en la literatura argentina* de Ernesto Quesada, entre otras apuestas personales. Y “Testimonios”: con selecciones de escritos autobiográficos de Saavedra, Posadas, Beruti, Paz, Guido y Spano, Mansilla y más memorialistas, a los que se sumaban dos libros de viajes.

“La Argentina contemporánea”, de siete volúmenes, preveía contratos de colaboradores para la escritura de estudios sobre la sociedad, la economía, las instituciones, los factores de poder, la educación y las “expresiones de cultura”, y cerraba con *La Argentina en la encrucijada mundial*, epítome del catálogo.

Tres libros anteriores de Prieto están en las bases de este plan balzaciano: *Sociología del público argentino* (Ediciones Leviatán, Bs. As., 1956), *La literatura autobiográfica argentina* (Instituto de Letras, Rosario, 1962) y *Literatura y subdesarrollo* (Editorial Biblioteca, Rosario, 1968). Este último título inició el vínculo de Prieto con la editorial —a través de su director Rubén Naranjo, profesor en Bellas Artes de la Facultad de Filosofía y Letras— que se extendería en la colaboración de 1973 para *Paraná, el pariente del mar*, un gran tomo ilustrado de más de quinientas páginas del mismo vigor plenario y enciclopédico que “Conocimiento de la Argentina”, donde Prieto publicó su ensayo fluvial “El Paraná y su expresión literaria”, que abre este libro.

Con *Sociología del público argentino*, Prieto despunta una cuestión que, con mayor o menor forja y protagonismo, persistirá en escritos posteriores. A la pregunta de ascendencia romántica, propia de un país incipiente, “¿existe una literatura argentina?” corresponde, en buena medida —según escribe Prieto en *Sociología*—, la pregunta: “¿existe un público lector en la Argentina?”. Ambas preguntas se supeditan para bocetar una historia literaria nacional que incluya, por primera vez, no solo a los escritores, sino también a los lectores: los de *Facundo*, *Martín Fierro*, *Juan Moreira*, *En la sangre*, *La gloria de don Ramiro*, *Nacha Regules*, *Radiografía de la Pampa*, obras reeditadas e invictas que trazan, para Prieto, una línea de tiempo y una tradición integradora.

Muchas de estas ideas están en la propedéutica de “Conocimiento de la Argentina”, un programa concebido para “poner el texto ahí” y, en feliz consecuencia, establecer un público local para la cultura local; buen propósito al que Prieto terminará por sumarse y que él mismo ya registra, punteando un linaje, en otros dos editores notorios: Ricardo Rojas con su colección “La biblioteca argentina”, de 1909, concretada en 1916, y José Ingenieros con la suya, “La cultura argentina”, de 1915. El primero especula con lectores especializados y prevé

ediciones críticas y sesudas de clásicos; el segundo, la publicación a bajo costo de libros de “ilustres argentinos”. Tanto Rojas como Ingenieros secundan las empresas con escritos, de tal modo que *La restauración nacionalista* de 1909 y *La evolución de las ideas argentinas* de 1918 fungen, cada uno en su avance y a su tiempo, de suplemento doctrinario de los sendos catálogos editoriales. Y bien puede acertar Adolfo Prieto aquí —aunque lejos esté de sentar doctrina— otro par de afinidades con Rojas e Ingenieros: “Conocimiento de la Argentina” también presume de ediciones críticas y populares; y apoya su orden y progreso, aunque sin la iconoclastia de sus antecesoras, en los diferentes temas que su director viene estudiando, enseñando, escribiendo y publicando.

En la segunda sección de “La Argentina histórica”, Prieto imagina cinco gruesos volúmenes antológicos de crónicas y testimonios de autores ya tratados en *La literatura autobiográfica argentina*. El repertorio de esos textos, como factible pero también complejo alegato de época y, muy a la manera de Sartre, “como comprensión concreta de la vida”, le permite a Prieto postular “una historia de las elites del poder”, “un estudio de conjunto sobre la clase dirigente nacional”, sin descuidar los pormenores diferenciales de cada “actitud introspectiva”: la franqueza de Belgrano, las suspicacias de Guido, los coqueteos de Mansilla, el donjuanismo de Calzadilla. En la misma dirección, el sumario de la *Vigil* propone una muestra muy exhaustiva, período a período, de ese género entonces desdeñado por los historiadores pero, para Prieto, decisivo —y es él quien lo ha vuelto decisivo— “en su capacidad para iluminar la historia social, la de las mentalidades dominantes y la de las presiones ideológicas”³.

“La Argentina contemporánea”, la última parte de la colección, tiene su ajuste teórico e ideológico en *Literatura y subdesarrollo*, libro con el que Prieto abordó las condiciones de su presente histórico, en su país, a fines de la década del sesenta. En el intento de “indagar el reflejo de un proceso económico-social en la literatura y la delimitación del campo de interés al caso argentino” hay ya, en ciernes, la propuesta colectiva que Prieto diseñará para los virtuales colaboradores de “Conocimiento de la Argentina”: desde las lindes del capitalismo mundial, pensar las posibilidades sociales, económicas, educativas, institucionales, mediáticas, científicas, artísticas de una nación, bien al margen de los tics reduccionistas del nacionalismo, y sin ignorar el “satelismo cultural” característico de un país económicamente dependiente.

3. Prólogo a *Los años de la emancipación política*, Editorial Biblioteca, Rosario, 1974.

Del plan completo llegaron a publicarse solo cinco títulos con prólogos de Prieto y, como en un torrente estival, todos salieron en enero de 1974, “no por culpa mía ni de nadie —aclara Prieto—, sino por el típico problema de cualquier editorial: los costos”. *Las multitudes argentinas* de José María Ramos Mejía lleva el pie de imprenta del 3 de enero. Y en seguida, las antologías de la sección “Testimonios”: el 8 de enero, *El rosismo. La reorganización nacional*; el 14 de enero, *Las guerras civiles. El rosismo*; el 21 de enero, *Los años de emancipación política*; y el 30 de enero, *Prosas y oratoria parlamentaria* de José Hernández. El catálogo de “Conocimiento de la Argentina” se interrumpió en febrero de 1977, cuando la última dictadura intervino la Biblioteca Vigil, tomó las instalaciones, cerró la editorial y destruyó parte de sus archivos y su acervo bibliográfico. Entre esos libros y documentos desaparecidos estaba, según recordó Prieto en 2013, el original listo de *El criollismo en la literatura argentina* de Ernesto Quesada, también con prólogo de su autoría, del que no guardó copia. El recuerdo de ese libro midió, a través de los años, su constancia paradójica. Porque Prieto ve en esa pérdida una ganancia y, tal vez, un desagravio: el suplemento del interés que culminaría en un clásico de la crítica nacional del siglo XX, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* (Sudamericana, Bs. As., 1988).

Desapareció este volumen, que a mí me interesaba mucho —recuerda Prieto—, porque era el texto de Quesada al que yo le había preparado un pequeño prólogo, cuatro o cinco páginas. Y tanto me quedó en la memoria grabado —que no lo tenía, y que quería verlo—, que terminó haciendo lugar a otro libro, el del *Criollismo*. Años después, agarré todo el material, conseguí el texto de Quesada, fui a Berlín, consulté la Biblioteca Criolla de Lehmann-Nitsche y armé el libro entero. Pero surgió de esta base. Lo produjo esta pérdida. Una especie de vacío que quedó dando vueltas.

En el mismo sentido, aunque menos aciago, la inclusión de dos antologías de viajeros, una de la primera y otra de la segunda mitad del siglo XIX delata la primera intuición de Prieto sobre el alcance histórico, cultural y político de estas crónicas que se consumará, muy refinada, en su último libro *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)* (Sudamericana, Bs. As., 1996). De tal modo que en 1968 (Prieto tiene cuarenta años) el plan para la Vigil cifra, hacia el pasado y hacia el futuro, su entero lance intelectual y, también, su más tenaz objetivo crítico: escribir una historia social de la literatura argentina.

Un año antes de la elaboración y la firma del contrato con la Biblioteca Vigil, y uno después del golpe de Onganía, en junio de 1967, Prieto se instaló en Mon-

tevideo por ocho meses invitado por Ángel Rama a dictar cursos en el Departamento de Literatura Iberoamericana de la Facultad de Humanidades. El convite sellaba la solidaridad del crítico uruguayo en un momento en que los catedráticos argentinos sufrían la arbitrariedad oficial y, sobre todo, el desempleo.

En 1985 Prieto recordó sus días en Montevideo con un cálido retrato de Rama en el que se advierte la afinidad de sus vocaciones intelectuales. Rama, como Prieto, supo combinar con excelencia cuatro áreas del trabajo literario: la docencia, la gestión académica, la actividad editorial y la escritura. Como Prieto en “Conocimiento de la Argentina”, Rama dio cuenta de su ambición pedagógica en la “Enciclopedia Uruguaya”, los fascículos semanales que prefiguraron el programa latinoamericanista de la Biblioteca Ayacucho, dirigida en su exilio venezolano, donde Prieto prologó, en 1978, la edición de *Los siete locos. Los lanzallamas* de Roberto Arlt. Y en consonancia con un mandato generacional, pero también con una aspiración y una voluntad personales, ambos compartieron un mismo desiderátum crítico, persistente en sus escritos a través de los años:

Rama —recuerda Prieto en su retrato—, en un gesto desacostumbrado de aproximación personal, quiso saber cuál era mi próximo proyecto de trabajo, o mejor aún, mi proyecto secreto, la obra a la que apuntaban todos mis desvelos, la cifra en la que pudieran leerse todas mis justificaciones. Sin vacilar se lo dije: —“Escribir una historia social de la literatura latinoamericana”. Y sin vacilar, me dijo a su vez: —“En eso estamos todos”.⁴

San Juan

“Además de los tomos de la *Enciclopedia Americana*, que aún conservo, mi padre tenía dos libros, una edición de *El Quijote* y *La conquista del pan* de Kropotkin.” Con esa breve pero imprudente biblioteca paterna, Adolfo Prieto obtuvo un preludio literario. A finales de la década de 1930 mientras su familia dormía la siesta veraniega, en su patio de la ciudad de San Juan, a ocho cuadras de la casa natal de Sarmiento, el pequeño Adolfo empezó a leer *El Quijote* y, en el acto, *El Quijote* “lo agarró”. “Me reía tanto —recuerda Prieto— que mi madre salió y dijo: ‘¡che, Adolfo!, ¿qué te pasa?, ¡estás riendo como un loco!’. Esa lectura me marcó mucho, y hasta el día de hoy.”

4. “Encuentros con Ángel Rama. Montevideo, 1967”, en *Texto Crítico* n° 31-32, Universidad Veracruzana, México, enero-agosto de 1985.

El día de hoy, a más de setenta años, la iniciación tiene su convenio realista, es decir, el lazo firme entre un ambiente y un carácter: el letargo estival provinciano en contraste con el radiante lector en ciernes. Pero también un fresco aire de azar: el riesgo que, sin medirlo, tomó don Feliciano Prieto cuando sumó a sus pertenencias de inmigrante en progreso una enciclopedia más dos libros, y armó una biblioteca para su hijo menor.

Feliciano llegó a la Argentina hacia 1910, con unos trece años, junto a su padre, quien regresó a España meses más tarde. Procedían de la pequeña aldea Gallegos del Campo, de Zamora, en Castilla la Vieja, donde el joven era pastor de ovejas. Ya en el país, trabajó un buen tiempo de peón rural en campos de Córdoba y, en seguida de juntar algún dinero, se dirigió a Mendoza. Su plan era cruzar la cordillera hasta Santiago de Chile para, por fin, zarpar hacia California donde buscaba instalarse. Pero algo o alguien o un consejo lo desvió y lo llevó a San Juan. “Y ahí quedó”, dice Prieto.

En San Juan, Feliciano se empleó como vendedor ambulante de “barquillos”, una masa dulce y crocante de origen manchego. Luego de ahorrar lo suficiente como para comprar una bolsa de azúcar y otra de harina, copiarles a sus patrones la receta y ensayarla en la pieza del cortijo donde vivía, empezó a elaborarlos él mismo. Por entonces se casó con Vicenta Guerrero, argentina, hija de españoles granadinos, de solo catorce años —él tenía veintitrés—, y asoció a Juan Fernández, su concuñado, a la incipiente empresa. La llamaron *La Sanjuanina, de Prieto y Fernández* y se dividieron así las labores: Feliciano la producción y Juan la venta. Con el tiempo, y cierto adelanto que incluyó la compra de una sorprendente máquina de elaborar y moldear la masa, llegó a ser la primera fábrica de galletitas de la provincia de San Juan.

Quando yo nací —dice Prieto—, ya la cosa estaba bastante avanzada. Me acuerdo que mi padre hizo un viaje a Buenos Aires y compró una máquina que era de carga larga, la atendían entre tres personas. A mí me impresionó muchísimo la máquina. A mí y a toda la familia. Ponían un rollo de masa en la punta que iba avanzando automáticamente y había en la mitad un molde que bajaba, también automáticamente, y cortaba, y después seguía hasta la punta, y ahí caía en la lata que entraba directa al horno. Fue toda una conmoción, todos mirando la máquina, y yo lo miraba a mi padre, que había logrado lo que se había propuesto.

Feliciano y Vicenta tuvieron tres hijos, Anastasia, Leandro y Adolfo, que nació el 24 de enero de 1928. Los dos mayores cursaron solo la escuela primaria,

el menor, en cambio, finalizó la secundaria en el colegio Don Bosco, fundado en San Juan en 1930. A pesar de que Feliciano era anticlerical y algo anarquista, “un rojo” —en su breve biblioteca, acopiaba un libro de Kropotkin—, en 1936, con el inicio de la Guerra Civil Española, sacó a sus dos hijos varones de la escuela pública Bernardino Rivadavia y los inscribió con los salesianos. La medida resulta misteriosa hasta el presente y fue confusa en su hora para Adolfo que, a los ocho años, a poco de concurrir a clase y sin manifestar ninguna inclinación devota, ni entonces ni posteriormente, pidió ser bautizado para no sentirse “orillado” en las muchas liturgias católicas que debía cumplir cada día. Aunque de ideales republicanos, Feliciano vaticinaba el triunfo de Franco y hasta el inicio de una larga dictadura, y tal vez quiso preservar a sus hijos, a quienes no había iniciado en los sacramentos, de su infracción religiosa. La íntima cercanía con España que el inmigrante Feliciano Prieto mantuvo a lo largo de su vida es notoria en esta singular determinación, tomada a miles de kilómetros de distancia, donde sus posibles beneficios se diluían por completo. Décadas más tarde, el hijo menor, al momento de decidir su perfil profesional, elegirá un tema de literatura española para su tesis de doctorado en Letras: “al principio hubo una falsa interpretación —dice Prieto—, yo creía que lo mío era la literatura española; pero no, ese era mi padre, sin la menor duda, era mi padre”.

Con los salesianos, además de obtener el título de bachiller, Adolfo despuntó su principal destreza: la redacción. Escribía las composiciones escolares pero también los discursos de los actos patrios y las bienvenidas a los visitantes. Y como los variados géneros le salían tan fácilmente, empezó a probar con la poesía, inspirado, sobre todo, por el más difundido de los autores de la época: Amado Nervo.

Yo tenía una condición que otro no tenía —dice Prieto—. Ese fue, creo, un poco el origen de todo. Y ahí empecé de vez en cuando a escribir algún poema. Así que cuando terminé el secundario estaba convencido de que yo era... poeta. Créase o no.

La Sanjuanina, que en su mejor etapa llegó a tener catorce empleados, trajo cierta prosperidad para la familia Prieto, y Feliciano consintió que Adolfo siguiera estudios superiores bajo su tutela económica. ¿Tal vez porque también reparó en esa habilidad que supieron aprovechar los salesianos? ¿Tal vez porque, aunque no creyera y aun objetara que esa habilidad pudiese armarle un porvenir, vio en ella, como cuando compró dos libros y una enciclopedia, la señal de otras, estas sí fructuosas? Lo cierto es que Adolfo reclamó ir a la universidad.



1



2

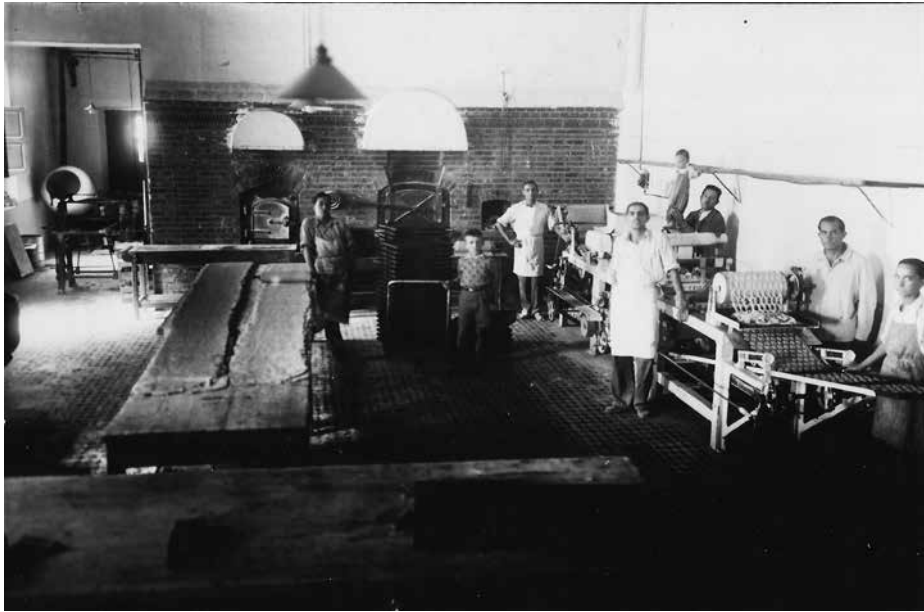


3

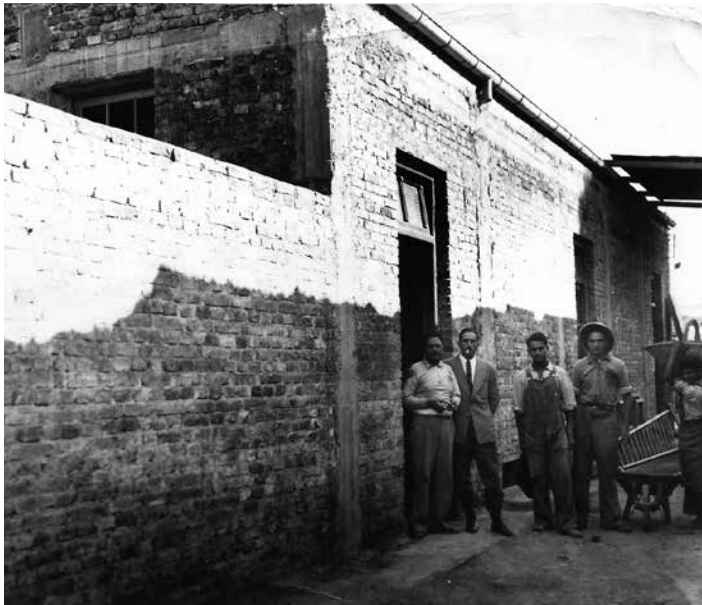
1. Feliciano Prieto, padre de Adolfo, de boina blanca en el centro de la imagen, con su hija Anastasia. Sentado a su izquierda, su socio y cuñado Juan Fernández con su hija Iris. Los rodean las familias de los trabajadores de La Sanjuanina. San Juan, 1927.

2. A. P. a los dos años, posando en un estudio fotográfico. San Juan, 1930.

3. A. P. con su madre Vicenta Guerrero y su hermana Anastasia poco antes de partir hacia Buenos Aires. San Juan, 1946.



4



5

4. La cuadra de La Sanjuanina el día de la llegada y el armado de la flamante máquina de elaborar y moldear masa. San Juan, 1937.

5. Una de las paredes de La Sanjuanina recién levantada después del terremoto. A. P. con mono de trabajo; contra el marco de la puerta, Juan Fernández, cuñado y socio de Feliciano. San Juan, 1944.

Pero... con un enorme “pero” para Feliciano que, ya que acordaba, pretendía un hijo ingeniero. Adolfo quería ser poeta. Estudiaría en Buenos Aires, en Filosofía y Letras, se recibiría de profesor para asegurarse un salario en la escuela media, volvería a San Juan y se dedicaría de lleno a escribir. Los dos libros de la biblioteca de Feliciano Prieto, los discursos patrióticos en Don Bosco y los poemas de Amado Nervo venían así a torcer el futuro del hijo menor:

Yo quería estudiar Filosofía y Letras, y allá en San Juan no había, tenía que ir a Buenos Aires, con dieciocho años. Era una decisión realmente seria. Pero estaba tan convencido de que la cosa era así, que cuando mi padre me dijo: “Yo a esa carrera no te la costeo”, yo le contesté: “Bueno, entonces no estudio nada, no, no estudio nada”. A los dos días apareció mi madre, que era la que hablaba con mi padre: “Dice tu padre que te podés ir”.

Un par de años antes de esta decisión, el sábado 15 de enero de 1944, Anastasia, la hija mayor de Feliciano y Vicenta, se casaba con Oscar Turón, un empleado histórico de *La Sanjuanina*. A pesar de que ningún miembro de la familia tenía práctica religiosa, ni siquiera dominical, Anastasia, tan consuetudinaria como cualquier muchacha de su tiempo, quiso el vestido blanco y el ingreso alfombrado al altar. A las 20.45 de ese día, la novia terminaba de ataviarse y los Prieto, junto a algunos amigos y parientes, estaban prestos a partir hacia la parroquia de Santa Lucía desde la casa familiar de Alem 149, donde tendría lugar la fiesta de boda posterior a la ceremonia. Suegro y novio habían elaborado en la cuadra de *La Sanjuanina* los dulces para la ocasión. A las 20.47 todo progresaba según lo previsto y los vecinos esperaban en la calle la salida de la novia. A las 20.49 el mundo se vino abajo.

El terremoto fue un antes y un después —dice Prieto—. Y es un episodio con una carga, digamos, literaria, si se quiere, porque ese día se casaba mi hermana. Eran las nueve menos diez de la noche. Se suponía que a esa hora ella debía estar en la iglesia, pero, como toda novia, estaba un poco demorada, preparándose para salir, cuando empezó el terremoto. Y se armó. Fueron veinte segundos. No duró nada, pero se venía el mundo abajo. Me acuerdo, yo estaba en el comedor, y me tuve que tomar del marco de la puerta porque no podía estar parado, saltaba, saltaba en el piso. Y vi pasar a alguno que corría al fondo de la casa, había un fondo grande, la gente del casamiento pasó toda para el fondo. La iglesia donde mi hermana se iba a casar se cayó, había otra